

«¡CUÁNTO HE DESEADO ESTA CENA!»

Es conocida la homilía 50 de san Juan Crisóstomo sobre el evangelio de san Mateo donde nos recuerda aspectos fundamentales de la fe eucarística cuando escribe: «¿Queréis de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consentáis que esté desnudo. No lo honréis aquí con vestidos de seda y fuera le dejéis padecer de frío y desnudez. ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena toda de vasos de oro, si Él se consume de hambre? Saciad primero su hambre y luego, de lo que os sobre, adornad también su mesa. Al hablar así, no es que prohíba que también en el ornato de la iglesia se ponga empeño; a lo que exhorto es que antes que eso, se procure el socorro de los pobres. Mientras adornas, pues, la casa, no abandones a tu hermano en la tribulación, pues él es templo más precioso que el otro» (BAC, 1956, pp. 80-82).

San Justino escribe que en la celebración eucarística del domingo normalmente se recogían ayudas para atender a los huérfanos, viudas, enfermos, encarcelados, peregrinos y toda clase de necesitados (Apol. I, 67, Ps 6, 429.). También san Juan Crisóstomo (Sermo 82,5) y san Agustín (Enarrat. in Ps 44,27) dan a entender que las obras de misericordia forman parte esencial de la celebración eucarística.

La eucaristía inculca, por consiguiente, aquellas virtudes sociales que son el fundamento de toda auténtica comunidad: la unión, la concordia, la solidaridad. Por eso el Concilio Vaticano II enseña que hay que “procurar que la celebración de la eucaristía sea el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana”, ya que “no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene su raíz y centro en la celebración de la sagrada eucaristía”. La eucaristía, en efecto, educa en aquella madurez que mueve a los cristianos “a vivir no sólo para sí, sino según las exigencias de la nueva ley del amor; cada uno, conforme a la gracia recibida, ha de ponerse al servicio de los demás, y así todos han de cumplir cristianamente sus deberes en la comunidad cristiana”.

En la Última Cena, con el gesto del “lavatorio de los pies”, Jesús dejó muy grabado en los apóstoles el significado de su vida y lo que exigía de aquellos que acababan de participar en la mesa eucarística. Toda la vida de Jesús, desde el principio hasta el final, fue un lavatorio de pies, es decir, un servicio a los hombres por amor. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). El servicio es la expresión más grande del mandamiento nuevo. “Lo que hagáis a uno de estos, mis hermanos, a mí me lo hacéis” (Mt 25,35).

La eucaristía, por tanto, no es sólo un misterio para consagrar, recibir, contemplar y adorar, sino que es, además, un misterio que hay que imitar. «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho; y dichosos vosotros si lo cumplís».

Delante de la Última Cena de Jesús con sus apóstoles, pregúntate “a dónde voy y a qué”, mientras oyes sus palabras e intentas imaginar sus sentimientos:

1. La ilusión grande que ha puesto Jesús en la preparación de su despedida:

- Preparada con las seguridades propias de la clandestinidad (Lc 22,1-16).
- «¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua, antes de morir!».
- Un *banquete*, típico del grupo y de las imágenes utilizadas por Jesús para hablar de su Padre: participan los pecadores y con actitud de servicio.
- Los apóstoles aún discuten por los puestos en la mesa, pero Jesús les mira con bondad: «Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo» ...

Página | 2

2. Recomendaciones y *testamento* de Jesús a sus discípulos (Jn 13-17):

- «¡No os rompáis, mantened la esperanza! ¡El Padre os quiere!»
- «¡Amaos unos a otros y perdonaos como el Padre os perdona!»
- Pedro recibe la misión más bonita de su vida («¡conforta a tus hermanos!») el día en que menos se la merece; ¡tan presuntuoso de sí mismo!
- Jesús anuncia la respuesta del Padre: la presencia en ellos del Espíritu.

3. Dos signos cargados de simbolismo y solemnidad («¡repetidlos!»):

- El lavatorio (Jn 13,1-17), que permite entender mejor la Eucaristía.
- La Eucaristía, que es el símbolo de *todo* el testamento de Jesús en la Cena.
- Pedro protesta, pero cede; Jesús lavó todos los pies, hasta los de Judas.
- Respuesta de san Ignacio al «Tomad y comed»: «Tomad y recibid ... ».

Meditación sobre la humildad para imitar a Jesús  
en el lavatorio de los pies a sus discípulos

Lejos de aparecer frágil, la persona humilde hace visible su grandeza. La humildad, cuando es auténtica y sincera, conmueve desde la sencillez. Ya en su etimología nos refiere a lo esencial, a la tierra. Porque la palabra humildad viene del latín “humilis”, y ésta a su vez de humus: aquello de lo que la naturaleza se desprende y que a su vez la enriquece, la fertiliza y la hace crecer.

Lejos de ser frágil, la humildad nos muestra la grandeza de la persona que la manifiesta, precisamente porque nace del sentimiento de la propia insuficiencia: siempre hay algo o alguien de quien aprender; siempre es posible hacer las cosas mejor, siempre puede uno cuestionarse el valor y sentido de lo que está haciendo en su vida personal y profesional, y desde allí afrontar nuevos retos, desarrollar nuevas habilidades, aprender nuevas lecciones o construir nuevos puentes. Por ese motivo, la humildad va de la mano de la conciencia y tiene un enorme poder de revelación porque desde ella las perspectivas de pensamiento y de actuación son infinitas, ya que nacen del sentido común, de la duda razonable, de la desnudez que reconoce que aún queda mucho trabajo por hacer, siempre, para encarnar la realidad en

todas sus dimensiones: en uno mismo, en la relación con el otro, en nuestros actos o creaciones, en la vida.

Afortunadamente, la riqueza que genera la humildad no se apalanca en la droga del éxito que tanta adición genera, y que es como un pozo sin fondo o como zanahoria que se mantiene a distancia constante de la nariz y que hace que el burro tire del carro hasta que revienta de puro agotamiento movido por una quimera. Quizá por ese motivo, la humildad tiene mucho más que ver con el cumplimiento que con el éxito; con cumplir con el deber, con lo prometido, con lo acordado, con hacer bien lo que se debe hacer, lo que toca hacer, lo que es necesario. Luego, el humilde no se vanagloria o se distrae en sus logros, sino que sigue trabajando y disfrutando con su tarea, cómo no, sabiendo que el éxito no es un fin en sí mismo, sino un síntoma al que no conviene prestar demasiada atención porque no sólo despista, sino que aturde y hasta puede generar una severa y aguda idiotez y ensimismamiento que se manifiestan como consecuencia de la adulación colectiva.

Tampoco conviene confundir la humildad con la falta de modestia, que no deja de ser una vanidad sumamente hipócrita, ya que precisamente la humildad es lo contrario de la vanidad. Y mientras ésta nos ciega, nos aleja de la realidad y nos separa de los demás, la humildad nos revela y nos pone en contacto con lo real, con lo esencial, con lo auténtico que podemos encontrar en lo exterior y en nuestro propio interior.

Su expresión se manifiesta en las pequeñas cosas, en los detalles, en códigos de comunicación para nada aparatosos, sino sencillos y básicos, pero de enorme valor para el que los recibe. Así, esos detalles humildes se convierten en regalos acaso aquellos a los que damos más valor, porque son auténticos. Con el tiempo, son estos obsequios los que recordamos con la perspectiva que nos va dando la vida, y sabemos que esos y sólo esos regalos son los que quedan porque están en la memoria, más allá de la materia, y nada ni nadie nos los puede quitar. Hoy, que casi todo está al alcance de nuestra mano, sea en efectivo o en cómodos plazos, olvidamos el valor de lo esencial, que no se paga con dinero y que es humilde en su esencia, pero de valor no cuantificable, a veces incluso infinito.

Saber escuchar; brindar a alguien nuestra receptividad silenciosa, acallando nuestra propia necesidad de hablar; abriéndonos a la necesidad del otro de saberse atendido, acompañado, respetado, es sin duda un gesto de humildad que fertiliza la relación y enriquece el valor de la amistad. También una simple sonrisa sincera nos lleva a la complicidad, al juego, mejora cualquier encuentro y hasta puede cambiar el signo de una agria conversación o relación.

Terminamos con una oración para pedir fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, coraje para lavar los pies a nuestros hermanos y amor para amar a los demás como Dios nos ama.